



Dice el glorioso San Agustín, en su libro *De Civitate Dei*, estas palabras:—no está obligado el cristiano á llamar médicos en sus enfermedades, porque es más acertado fiar en Dios.—Y yo digo:

Dos veces para mí santo  
es Agustino discreto:  
una, por contra-doctores;  
otra, por santo estupendo.



#### EL AUTOR AL LECTOR

Si en manos del mal doctor  
cae el pecador ¿el justo  
en cuales ha de caer,  
no habiendo bueno ninguno?

#### FE DE ERRATAS

En cuantas partes dijere  
*doctor* el libro, está atento,  
porque allí has de leer *verdugo*;  
aunque éste es un poco menos.  
Donde dijere *receta*  
dirás *estoque*, por ello;  
pues estoque y verduguillo  
todo viene á ser lo mismo.  
Donde dijere *sangría*  
has de leer luego *degiello*,

y *cuchillo* leerás donde  
dijere *medicamento*.  
A donde dijere *purga*  
leerás—*dió fin el enfermo*;  
y á donde *remedio* diga  
leerás *muerte sin remedio*.  
Donde dice *practicante*  
leerás, sin más fundamento,  
*sentencia de muerte injusta*  
por culpas de mi dinero.

#### TASA

Este libro está tasado  
por los malsines de ingenio,  
á cien simples adiciones  
por cada uno de sus pliegos.

#### LICENCIA DEL ORDINARIO DE LAS DAMAS

Nos el ordinario, más  
ordinario que el correo,  
licencia de imprimir damos  
aqueste libro á su dueño,

por cuanto no tiene cosa  
contra la salud, que aquesto,  
como somos el *achaque*,  
certificamos de cierto.

356

DEDICATORIA

À LA MUERTE

Muy poderoso esqueleto,  
 en cuya guadaña corva  
 está cifrado el poder  
 del imperio de las sombras;  
 tú, que atropellas tiaras,  
 tú, que diademas destrozas,  
 y á todo el globo del mundo  
 le dá tu furia en la bola;  
 tú, que para quitar vidas  
 tantos fracasos te sobran  
 y que, para más lograrlo,  
 fatalidades emboscas  
 de médicos (como suele  
 del cazador la industriosa  
 astucia, que con reclamos  
 coje al ave voladora);  
 salud ofrecen, y dan  
 enfermedades penosas,  
 y con máscara de vida  
 te introducen cautelosa;  
 porque, cayendo en la liga  
 de unguentos con que aprisionan,  
 los que vienen al reclamo  
 del médico, los sofocas.  
 También, como araña, tiendes  
 telas que haces pegajosas  
 de médicos, que se tejen  
 del hilo de tu ponzoña,  
 para cojer el enfermo  
 luego que el médico toca,  
 pues en él cual mosca muere,  
 porque éstos matan por *mosca*. (1)  
 También son campeones tuyos,  
 pues, en batallas de idiotas,  
 á toda salud guerrean  
 para darte más victorias.  
 Finalmente los doctores  
 son, si á buena luz se nota,  
 impulsos de tu guadaña  
 y de las flechas que arrojas;  
 pues, si no fuera por ellos,  
 ya la tuvieras mohosa  
 de arrimada en un rincón  
 de los de tu negra alcoba;  
 porque no la ejercitaras

jamás, ó veces tan pocas,  
 que á un muerto fueran á ver  
 por cosa maravillosa.  
 De más están los fracasos  
 que previenes industriosa  
 para las vidas, si en los  
 médicos, astuta, logras,  
 tanto temblor con golilla  
 que á toda salud trastornan;  
 tanta tempestad á mula,  
 con que las vidas asolas;  
 tanto terremoto grave;  
 tanta autoridad traidora;  
 tanto fracaso con barbas;  
 y tanta letal ponzoña;  
 tanto asesino graduado;  
 tanta borrasca industriosa  
 tantos rayos en calesa  
 teniendo dos ruedas solas;  
 tanto veneno con guantes,  
 como la verdad los nombra;  
 el doctor don Tabardillo  
 y licenciado Modorra;  
 baladrones de la ciencia,  
 pues fingen lo que no logran;  
 valientes de la ignorancia,  
 si es con ellos matadora;  
 punta en blanco de lanceta,  
 armados con esta hoja,  
 con trabucos de jeringa,  
 cañones fieros de azófar,  
 pólvora de mataliste,  
 bala de píldora en boca,  
 y con tacos de recetas,  
 tiran físicas pelotas.  
 De cuyos médicos rayos  
 me escapé en una penosa  
 enfermedad de una Junta  
 física, gavilla en tropa,  
 huyendo á uña de entendido  
 de esta celada alevosa,  
 que tras mí á uña de caballo,  
 me seguían tres idiotas,  
 que me venían tirando,  
 por las espaldas huidoras,

(1) Así llama el vulgo al dinero.

357

fricciones y sajaduras,  
 jeringas, calas, ventosas,  
 aceites, polvos, emplastos,  
 parches, lilas y otras cosas  
 que llaman drogas, con que  
 meten las vidas á droga.  
 Y viendo no me alcanzaban  
 dijeron con voz furiosa  
 á un boticario artillero:—  
 dále fuego á esa ponzoña!—  
 Disparóme de un estante,  
 que cureña venenosa  
 tanto petardo encabalgó,  
 tanto morterete y bomba,  
 una culebrina real  
 de una purga maliciosa,  
 pues para dar en el ojo  
 yino apuntando á la boca.  
 Escapóme de esta furia  
 la naturaleza heroica,  
 con despreciar los cuidados,  
 alegría y parsimonia.  
 Un emplasto de doctores  
 me apliqué en una rabiosa  
 hipocondría, y sané  
 con reirme de sus cosas.  
 Sirvan de medicamentos,

pues ser médicos ignoran,  
 y recétense á sí mismos,  
 por remedio de congojas.  
 Libre de ellos, reconozco  
 que de justicia me toca  
 ser un puntual coronista  
 de sus criminales obras.  
 Y habiendo escrito este corto  
 cuerpo de libro, que logra  
 título de cuerpo muerto,  
 pues vivezas no lo adornan;  
 por cuerpo muerto y tratar  
 de médicos, que es historia  
 fatal de vuestros soldados,  
 lo dedico á vuestra sombra.  
 Amparadlo, y si algún tonto  
 censurare aquesta obra,  
 dádmele con una albarda,  
 que es la muerte que le toca;  
 ó enviadle un torozón  
 porque la bestia no roa  
 plumas, que este bruto achaque  
 de comerlas se ocasiona.  
 No digo que el cielo os guarde,  
 porque será cosa ociosa  
 pedirle lo que ha de ser  
 hasta la postrera hora.

PARECER QUE DÁ DE ESTA OBRA

LA ANATOMÍA DEL HOSPITAL DE SAN ANDRÉS

Por comisión de un ingenio  
 aqúeste tratado he visto  
 que pide mi parecer,  
 siendo tan malo y podrido.  
 Con acierto lo ha pensado:  
 pues más vale por testigo  
 de médicos un difunto  
 que todo el mundo de vivos,  
 como quien por experiencia  
 lo sabe, pues hoy me miro  
 ejemplo de los mortales  
 por obra de estos malditos  
 que me mondaron de carne,  
 sacándome de este siglo  
 treinta años antes que yo  
 por mis pies me hubiera ido.  
 Pero quiso la desgracia  
 que me diera un romadizo:

y un médico, á dos visitas,  
 lo convirtió en tabardillo.  
 A tres me despaviló,  
 y decía compunjado:—  
 raro acháque!— y era cierto  
 que moría de idiotismo.  
 Hizo de mí anatomía,  
 pensándose el muy pollino  
 hallar en mí lo que estaba  
 en su conturbado juicio;  
 levantando un testimonio  
 á mi deshecho entrecijo,  
 por disculpar su ignorancia  
 este sangriento ministro,  
 de quien soy callada estatua  
 que publica sus delitos  
 y, con voces de silencio,  
 á los mortales les digo:

—En esto paran aquellos  
mentecatos sin aviso  
que dán crédito á doctores,  
que se fían de aforismos.  
Sabed, hombres, que en el mundo  
de la verdad, nos reímos  
los muertos de los errores  
que estais haciendo los vivos.  
Un temblor corto os asusta,  
cuando avisa su ruido  
que os guardéis de él, y salís  
pidiendo clemencia á gritos.  
¿Y que un doctor no os asombre,  
que á traición, á fuer de amigo,  
os echa una purga á cuestras,  
que es peor que un edificio?  
Solo al verle se debía  
levantar el halarido,  
pedir al cielo perdón  
y salir despavoridos  
gritando ¡Doctor! ¡Doctor!  
muy recio, por dar aviso  
á las torres, y que toquen  
plegarias contra aforismos.  
En muriendo uno tenemos  
los muertos gran regocijo  
con él, porque nos vengamos  
de los absurdos que hizo.  
Porque le siguen sus obras,  
y como aquestas han sido  
el hacer muertos, á golpes  
les dan muertes, ellos mismos.  
Cual con una calavera  
le pega por los hocicos,  
y cual á patadas venga  
las sangrías del tobillo.  
Uno le tira canillas,  
otro un costillar podrido,  
que los muertos son peores  
que los muertos, tercio y quinto;  
pues, como más vengativos,  
los consumen á pellizcos;  
y las barbas, pelo á pelo,  
se las sacan con ahinco,  
diciéndole:—aquesta barba  
me engañó en el otro siglo,  
porque le tuve por sabio  
como no le ví lampiño;  
y ya veo que es error,  
que no hay barbas entendidas,  
pues á ser ciencia la barba  
fueran doctos los cabritos.

Una balena pudiera  
enseñar a Tito Livio,  
cuando no tiene en su barba  
el menor pelo de juicio.  
Otro le dice:—Este á mí  
me engañó con lo engreído,  
porque ignoré que los sabios  
se desprecian á sí mismos.  
Y es que un doctor de esos se hace  
con saber cuatro palillos,  
ponerse grave y tener  
un estante ó dos de libros;  
ir á las visitas tarde  
diciendo que está aburrido,  
contando como hay qué hacer,  
que no vaga en su ejercicio;  
que tarde pasó á una cura,  
que há muy poco que la hizo,  
con palabras golpeaditas,  
severo y ponderativo;  
decir dos ó tres latines  
y términos esquisitos,  
como *expultris, concoetris*  
*constipado, cacoquímio*.  
Los ignorantes vulgares  
que solo tienen oído,  
se quedan atarantados  
amando al doctor—peligro.  
De achaques de damas hay  
un número muy crecido  
de muchachas que ha volado  
*Bermejo*, doctor divino,  
por parecerles que no  
lo eran sin el requisito  
del médico de las damas,  
que este nombre se ha adquirido,  
para decir muy mirladas,  
haciendo mil equilibrios:  
—A mí me cura Bermejo,  
no hay más que mi don Francisco—  
Y lo que es más que él es una  
sangría sobre resfrío,  
y las rosas y claveles  
mueren de un doctor—Narciso.  
Estánle aguardando para  
vengar su enojo, y les digo  
que matar lindas no puede  
ser nunca feo delito.  
Decidle no se acongoje  
porque un bien en un mal hizo:  
si en ellas le quita al sexto  
lo que se pone en el quinto.

Lo que puede darle pena  
son unos muertos erguidos  
que en gavilla mató, como  
inquisidores y obispos.  
Dejo, dejando esto á un lado,  
finalmente, como digo,  
que también tienen los muertos  
en el hablar estrivillos.  
Que he leído este tratado  
todo, de fin á principio,  
y veo que en burlas nadie  
con tal propiedad ha escrito;  
porque es de simples y bobos  
el pensar que hay, ni ha habido,  
hombre que curas emprenda  
con conocimiento fijo;  
porque siendo como es la obra  
del artífice divino,  
nunca un humano podrá  
conocer bien lo que no hizo.  
Si acierta es casualidad  
y no más; pues averiguo  
que, al que matan y al que sanan,  
curan por un tenor mismo.  
Y si la muerte y la vida  
están en un equilibrio  
en la certeza, es arrojarse  
aventurarse al peligro.  
El accidente mayor  
puede sanar de sí mismo.

y el más leve achaque lo hacen  
mortal los malos auxilios.  
Así reprueba el autor  
los médicos por dañinos,  
contrarios á la salud  
y de la vida enemigos.  
Hombres, mirad lo que haceis!  
huid de médicos malditos,  
y así no os pondrán los huesos  
como yo tengo los míos.  
Morid de valde, menguados;  
porque es grande desatino  
pagar un hombre el verdugo,  
los cordeles y el cuchillo.  
Y por cuanto no se opondrá  
á la verdad, califico  
este tratado y lo apruebo  
una y mil veces, y digo:  
que de justicia le deben  
dar licencia de imprimirlo,  
á costa de los doctores,  
y de valde repartirlo,  
para que todos lo traigan  
como reliquia consigo,  
y huyan los médicos de él,  
diciéndoles con ahinco,  
en viendo que uno se acerca:—  
*Exi foras*, cata el libro!  
*Arredro* vayas, doctor!  
La salud sea contigo!

#### PRÓLOGO DE ESTA OBRA

Señor lector ó lectora:  
El cielo santo permita  
que encuentren este librejo  
enfermos, por suerte mía;  
porque pasando actualmente  
las crüentas medicinas  
que, con bárbaros discursos,  
los médicos les aplican,  
sabrán celebrar mis versos  
mucho más que quien los mira  
y no toca con rigores  
de estos tumbas con golilla.  
Porque aquellos que no pasan  
la cuña de una calilla,  
el pegote de un emplasto,  
el punzar de una sangría,  
el acibar de una purga,  
las bascas de otras bebidas,

los araños de ventosas,  
esponjas de chupar vidas,  
no sabrán darle el lugar  
que, en las veras y en las triscas,  
merece mi humilde libro  
de aplauso ó premio á que aspira.  
Mas si sanos lo leyeren,  
el autor de él les suplica  
se acuerden, si han sido enfermos,  
de aquesta gente dañina,  
á quienes el hacer mal  
pagan, que es otra geringa.  
¿Que haya en el mundo quien pague  
porque le quiten la vida,  
y que el tal bestia no traiga  
una enjalma por ropilla?  
Si el morir es igual deuda  
de la Muerte, es injusticia